

## SERMON

### DE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.

Fué entregado á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion.

Rom. 4. v. 25.

Con razon, católicos, ha celebrado la Iglesia nuestra madre desde el principio el gran misterio á que hoy tributamos nuestros respetos como el mas feliz de sus dias, y su solemnidad por excelencia. Hoy es el gran dia del Señor, aquel dia que el Señor hizo, y que hizo mas glorioso para sí y para su Iglesia que todos los demás dias. Sí, católicos, este es el dia en que se quita el escándalo, en que se descubren todos los misterios ignominiosos de Jesucristo, se aclara el secreto de sus trabajos, se comprende la oscuridad de sus parábolas y se manifiesta el sentido de las Escrituras. En este dia se autoriza su mision, se reconoce su ministerio, se confirman sus promesas, se cumplen



sus profecías, se justifica su doctrina y se coronan todos sus trabajos. Este es el día en que los discípulos tímidos se confirman, su tristeza se muda en alegría, queda curada su incredulidad, son confundidos los enemigos de la religion, se establece la fe de todos los siglos, se prueba la verdad de nuestros misterios, la Iglesia sale con su Salvador triunfante del sepulcro, se prepara la docilidad de todos los pueblos del mundo, y todos los espíritus de error que algun día habian de levantarse quedan convencidos de contradicción ó de impostura. Este es, finalmente, el día en que se nos asegura la inmortalidad, se suavizan las tribulaciones de la carne, se consuelan los trabajos de nuestro destierro y se propone una vida espiritual á los cristianos.

Sí, católicos, murió Jesucristo para crucificar al hombre antiguo y resucita para formar el nuevo. Murió para libertar los esclavos y resucita para enseñar á los hijos á que usen santamente de su libertad; murió para pagar nuestras deudas y resucita para llenarnos de sus gracias; murió para salvar á los culpados y resucita para instruir y perfeccionar á los justos; murió para cerrar las puertas del infierno y resucita para abrírnos las del cielo. En una palabra, murió por nuestros pecados y resucita para nuestra justificación: *Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.*

¿Por qué así, católicos? Por dos razones, que os suplico escucheis con atención. Primeramente, resucita para nuestra justificación, porque su resurrección encierra los mas poderosos motivos que nos puede presentar la religion, para perseverar en la gracia de la justificación que acabamos de recibir en los sacramentos. Este será el primer punto. En segundo lugar, porque su resurrección nos propone los medios mas seguros para perseverar en ella; este

será el segundo. La resurrección de Jesucristo nos anima y nos enseña á perseverar en la gracia recibida, y es el motivo y el modelo de nuestra perseverancia. Este es el sentido de las palabras de mi texto: *Traditus est propter delicta nostra etc.*, y este es todo el asunto de mi discurso.

### PRIMERA PARTE.

Las principales raíces de la inconstancia de los hombres en los caminos de Dios consisten, ó en una flaqueza de la fe que empieza á apagarse y á esparcir una especie de nube sobre las verdades de la doctrina santa, ó en la tibieza de la esperanza que no abre ya el seno de la gloria á sus ojos, y no despierta en ellos el deseo de los bienes eternos; pero la piedad cristiana halla en el misterio de la resurrección preservativos contra estos dos escollos y motivos muy poderosos para perseverar en la gracia en que la participación de los santos misterios debe estableceros en estos solemnes días.

En primer lugar, si la debilidad de la fe es comunmente la primera raíz de nuestras recaídas, si se halla siempre en ellas una especie de incredulidad que antecede al pecado, si es preciso que el entendimiento dude en alguna manera de las verdades que abandona el corazón, y que la religion se debilite en una alma en quien se apaga la piedad; ¿quién puede dudar que la resurrección de Jesucristo sea el gran testimonio de la fe cristiana, y que todos los demás misterios hallen en este su verdad y su certeza? A la verdad, si Jesucristo no resucitó, decia en otro tiempo el apóstol á los fieles de Corinto, nuestra predicación es inútil, vuestra fe es vana y nosotros somos unos impostores. Pe-



ro por el contrario, si Jesucristo resucitó, nuestro ministerio viene del cielo; vuestra fe es cierta, la doctrina del Evangelio es divina y sus promesas son infalibles.

Sí, católicos, si la virtud del Padre sacó á Jesucristo de entre los muertos, se sigue que Jesucristo era un enviado del cielo para anunciar á los hombres la doctrina de la salvacion. El Dios fiel y verdadero no habia de haber querido autorizar una impostura revistiéndola con el carácter de la verdad y honrándola con una gracia con la que hasta Jesucristo ningun hombre mortal habia sido favorecido, pues resucita para nunca mas morir; prodigio que el mismo Jesucristo habia prometido á sus discípulos y á sus enemigos, como el mas decisivo testimonio de la verdad de su ministerio. Una vez, pues, establecida su resurreccion, quedan probados todos sus misterios, dice San Agustin, y la fe de los cristianos no necesita mas que este testimonio: *Resurrexit Christus, absoluta res est.*

Pero como yo hablo aquí con un pueblo fiel, á quien debo edificar y no argüir, no quiere detenerme en manifestaros que hoy todo confirma la verdad del prodigioso milagro de la resurreccion del Salvador. Primeramente, las mismas precauciones de sus enemigos, éstos habian sellado el sepulcro, le habian cercado de soldados, nada omitieron para impedir el que le robasen; acordábanse de que este mismo Jesus á quien ellos habian crucificado, habia profetizado que resucitaria al tercero dia, y solo parece cuidan de estorbar el que los discípulos roben el cuerpo de su divino Maestro. Unos enemigos tan poderosos, tan vigilantes, tan interesados en no dejarse engañar, ya cuidarian de evitar la sorpresa. En segundo lugar, la deposicion de los soldados; les hacen publicar que mientras dormian fueron los discípulos y quitaron el cuerpo de su Maestro; pero si

un sueño profundo no les dió lugar á que lo viesen, ¿cómo les puede permitir que lo aseguren? Por otra parte, ¿una multitud de ministros, destinados á velar sobre el sepulcro y á guardarle, pudieron todos de comun acuerdo entregarse á un mismo tiempo al sueño y á un sueño tan profundo y durable, que estando casi sentados sobre la piedra que cerraba el sepulcro, diesen tiempo á los discípulos para abrirle y sacar el cuerpo del Salvador, sin que una obra tan larga, tan difícil y que no se podia ejecutar sin ruido y movimiento, despertase á alguno de los soldados y desconcertase una empresa tan loca y temeraria? Además, estos mismos discípulos dudaban; no esperaban ya el cumplimiento de las promesas de Jesucristo; rehusaban aun el creer á las santas mujeres: unos espíritus tan groseros é incrédulos distan mucho de publicar lo que ellos mismos no creen. En tercer lugar, las apariciones del Salvador: no se manifiesta una vez sola á sus discípulos, porque entonces pudieran temer alguna ilusion, sino que se les manifiesta muchas veces; no se les manifiesta de paso, porque la imaginacion herida puede por algun tiempo suplir la verdad con sus imágenes y figurar fuera de sí sus propios sueños, sino por espacio de cuarenta dias; no desde lejos ó en medio de los aires, en donde pudiera haber sospechas de prestigio, sino en medio de ellos, comiendo y bebiendo con ellos, dejándose ver de sus ojos y tocar de sus manos, instruyéndolos y hablándolos del reino de Dios; no á uno solo, porque hay unos espíritus mas crédulos que otros, sino á todos en comun y á muchos en particular; no bajo una figura, porque la mudanza hubiera podido ser sospechosa, sino con sus llagas y con todas las señales por donde podian conocerle. Finalmente, el martirio de los apóstoles en testimonio de la verdad de este milagro, de que



habian sido testigos: *Cujus nos omnes testes sumus.*<sup>1</sup> Si Jesucristo no resucitó, ¿qué interés podian tener en publicarlo? ¿habian de exponerse á los mas crueles tormentos por fundar una doctrina que ellos mismos tenian por falsa? ¿habian de engañar al linaje humano sin esperar mas recompensa de su impostura que el fuego, las ruedas y los suplicios? Una persuasion falsa, particularmente en materia de religion, puede inducir á los espíritus simples y crédulos á excesos y procedimientos extraordinarios; pero el que unos rústicos pescadores, unos hombres sin letras y de la ínfima clase del pueblo, intenten, á sangre fria, ir á engañar al universo y á desafiar á los mas crueles géneros de muerte por publicar que su Maestro ha resucitado, estando ellos persuadidos á lo contrario, es una especie de extravagancia de que no son capaces los hombres, y seria mayor prodigio que todos los que la incredulidad disputa á la fe de los cristianos. Por otra parte, estos discípulos abandonaron á Jesucristo cuando vivia y cuando le tenian aún por el Salvador prometido á sus padres y el Cristo Hijo de Dios vivo; ¿y habian de confesarle generosamente sobre los cadalsos, despues de su muerte, cuando ya no le debian mirar sino como á un engañador, que no habia resucitado como habia prometido? ¿habian de derramar toda su sangre por un hombre que hubiera abusado de su credulidad? ¿habian de distribuirse por todo el universo como desesperados para publicar un hecho que ellos tenian por fabuloso? ¿y ninguno de todos estos hombres flacos y tímidos habia de desdecirse, ni confesar en medio de los tormentos su locura ni su extravagancia? Pero ya conozco que me detengo demasiado acerca de una verdad tan clara, y que se ofen-

1 Act. 2. v. 32.

de vuestra religion del cuidado con que parece intento justificarla.

Ved, pues, católicos, cómo la resurreccion del Salvador mantiene la fe del hombre justo; en este misterio ve asegurada toda la religion; ve que son ciertos los castigos con que amenaza, sus promesas infalibles, sus preceptos necesarios, sus consejos importantes, sus observancias venerables, y aun las mas leves ceremonias de su culto dignas de nuestros respetos. Desde que resucitó Jesucristo, ¡ah! desde entonces no hallo cosa que sea tan grande como la virtud, nada que temer sino el vicio, ninguna locura mayor que el despreciar el cuidado del alma, y nada tan prudente como el sacrificarlo todo á la salvacion. Desde entonces las burlas de los impíos acerca de la santidad de nuestros misterios, son extravagancias que apenas puedo comprender y blasfemias que me horrorizan. Las reflexiones de los sábios del mundo acerca de las santas oscuridades de la fe, son discursos pueriles; desde entonces el Evangelio me parece una sola regla, los ejemplos de Jesucristo mi modelo, los temores de la piedad dones de Dios, la seguridad de los libertinos un desesperado furor. En una palabra, miro la infidelidad á las gracias recibidas y las recaidas en los primeros desórdenes como la mayor de las desgracias y el carácter de precitos.

¿Qué cosa mas propia puede haber, católicos, para refrenar la inconstancia del corazon del hombre y fijarle en una piedad sólida y durable, que estas grandes verdades? Por eso los discípulos, testigos de la resurreccion de Jesucristo, no se desdican, porseveran todos hasta el fin en la oracion y en el ministerio de la divina palabra; no se halla entre ellos otro Judas que abandone la verdad conocida. Desde que el Señor apareció á San Pedro, este apóstol no



vuelve á caer y aun confirma á sus hermanos. Apenas toca Tomás las gloriosas cicatrices de sus heridas, cuando adora á su Señor y su Dios, y permanece fiel para siempre; los discípulos de Emaús apenas le reconocen en la fraccion del pan, cuando se vuelven á Jerusalem á juntarse con los demás discípulos. ¡Ah, católicos! ¿no somos aquí todos nosotros testigos de la resurreccion de Jesucristo? ¿no somos nosotros los hijos de los santos que le vieron y adoraron sobre el santo monte de Galilea? Nosotros hemos visto con sus ojos y tocado con sus manos; nosotros en estos felices dias hemos visto tambien resucitar á Jesucristo dentro de nosotros mismos por la gracia de los sacramentos. ¿Pues por qué hemos de volver atrás? ¿por qué hemos de volver á nuestros primeros caminos? Si este misterio hace que nuestra fe sea incontrastable, ¿por qué ha de dejar todavía inconstancias en nuestro corazon? Si como dice San Agustin seria una cosa monstruosa el no creer despues de tantas pruebas, ¿lo será menos el creer y vivir como si no creyésemos? Un fiel que está persuadido á que ha de resucitar para gozar de una felicidad eterna ó para ser entregado á las eternas llamas, ¿podrá olvidarse de un negocio de tanta importancia para un instante que ha de vivir en la tierra? Y si los bienes fugitivos que nada tienen de verdaderos y de los que solo gustamos un momento, pueden engañarnos, la verdadera felicidad, los bienes infinitos y sin medida, una eternidad de gloria, de magnificencia y de verdadera felicidad que se nos manifiesta hoy, ¿no ha de poder desengañarnos y disipar para siempre el error que causa nuestro engaño y nos hace tener la sombra por verdad, la tierra por cielo, y un tiempo que se precipita y se ha de acabar mañana, por la eternidad?

Segundo motivo que deduzco de este misterio para ani-

marnos á conservar la gracia recibida en estos santos dias. No solamente este misterio conforta nuestra fe, sino que tambien, primeramente, asegura nuestra esperanza; en segundo lugar, la consuela; en tercero, la corrige. La resurreccion de Jesucristo asegura nuestra esperanza. Sabemos, dice el apóstol, que algun dia hemos de ser semejantes á él y hemos de seguir la suerte de nuestra cabeza; sabemos que siendo el primogénito de sus hermanos, es las felices primicias de los que duermen para resucitar, y que una parte de nuestra naturaleza se libertó en él de la muerte y de la corrupcion, para servir de prenda á la esperanza de toda la naturaleza; sabemos que seria inútil su resurreccion si no hubiéramos de resucitar con él; que estaria en el cielo sin Iglesia, sin sacerdocio, sin sacrificio, y que no seria nuestro eterno pontífice si no ofreciera eternamente su cuerpo místico á su Padre; tambien sabemos que nuestros hermanos que nos han precedido con la señal de la fe y que duermen en Jesucristo el sueño de la paz y de la unidad, no han perecido absolutamente; que han desaparecido á nuestra vista, pero esperan la bienaventurada esperanza; que sus cuerpos fueron quemados, arrastrados, despedazados, hechos cenizas y pasto de los pájaros del cielo ó de los animales de la tierra; pero que aquel Señor que llama á las cosas que no existen como á las que existen, juntará de los cuatro vientos las porciones dispersas de su carne, separará de entre todas las criaturas lo que pertenece á sus escogidos, volverá á juntar sus preciosas reliquias, confundidas con la revolucion de los tiempos y con la sucesion de las cosas, las que solo él conoce, y no perecerá ni un solo cabello de su cabeza. ¿Qué motivos tan poderosos se hallan, católicos, en esta memoria para confirmar al alma en la gracia y en el servicio de Dios?